

TINTA — DE — VINO



Capítulo 1: La botella sin nombre

El eco sordo del corcho al abandonar la botella fue el único sonido que rompió el silencio. Hacía frío, y el goteo constante de la cava resonaba en las paredes de piedra, marcando un compás melancólico.

Yo no quería volver al Valle. Si me hubieran dado a elegir, en mi lista de prioridades antes de pisar esta tierra estaban: pagar impuestos atrasados, reconciliarme con mi ex... e incluso aprender a usar Excel. Pero la vida, como un vino barato, no siempre tiene un buen final. Hasta hace poco, mi mundo cabía en un departamento de cuarenta metros cuadrados en la Ciudad de México, donde tenía más plantas que amigos. Me ganaba la vida —si a eso se le puede llamar vida— vendiendo tinta para impresoras; sí, tinta, en pleno 2023. Era la clase de trabajo que te hace cuestionar el sentido de tu existencia cada lunes por la mañana y te obliga a celebrar los viernes anestesiado con vino de caja.

Como era de esperarse, la empresa tronó. Mi novia —perdón, mi exnovia— se llevó todo el día que me dejó: la cafetera, los vinos, las copas y hasta un perro del que ni siquiera sabíamos la raza, pero al que alimentábamos como si la mismísima Reina de Inglaterra lo hubiera dado a luz. Lo único que me dejó, o quizá se le olvidó empacar, fue el sacacorchos.

Ese sacacorchos plateado y brillante que mi abuelo Ernesto me regaló cuando yo tenía diez años. Aún recuerdo perfectamente esa tarde: yo jugaba en la sala de su casa con un puñado de corchos usados cuando él me vio admirando el brillo del metal. Se acercó con esa autoridad imponente de hombre que ha trabajado más horas en la tierra que conversando con personas.

Lo revisó con calma, se sentó, lo puso en mi mano y sentenció: *"Es tuyo. Cuidalo. Porque en esta familia nos podrá faltar comida... pero nunca un sacacorchos"*. Desde entonces, lo conservaba guardado en algún cajón, como un talismán oxidado de otra vida.

Estaba ahí, sentado en la única silla de plástico que me quedaba en el departamento, sosteniendo ese trozo de metal entre los dedos, cuando mi celular vibró con un mensaje que me erizó la piel. Era el casero: *"¿Ya tienes lo de la renta?"*. Llevaba treinta días de atraso, mi cuenta bancaria estaba tan vacía como mi refrigerador y el orgullo me carcomía en silencio.

Fue en ese instante de desesperación cuando la imagen de la casa del abuelo cruzó por mi mente. Esa propiedad en el Valle que me heredó y que me había prometido jamás volver a pisar. Pero en ese momento, era el único lugar en el mundo donde podría dormir sin pagar renta.

Mi abuelo Ernesto fue un hombre que me enseñó que el vino se respeta, pero las emociones no se nombran. De niño le tuve respeto, miedo y cariño, hasta que mi papá falleció trabajando para él. Yo tenía catorce años. Le eché la culpa de todo, nunca se lo perdoné y pasamos los últimos quince años de su vida sin volver a dirigirnos la palabra.

Aún así, el Valle siempre tuvo un magnetismo extraño sobre mí. Durante la pandemia, por puro ocio mezclado con desesperación, un chico de diecinueve años me convenció con una campaña en internet que decía: *"Haz del vino tu nuevo estilo de vida"*. Terminé tomando un curso de sommelier en línea. El curso fue malo, tan malo como el pan de masa madre que tampoco aprendí a hacer, pero, extrañamente, me hizo sentir cómodo. Como en casa. Escuchar hablar de taninos, de acidez, de *terroir*... me daba la ilusión de que tal vez sí pertenecía a algo.

Así que sí, me convertí en sommelier por internet. Soy parte de esa estadística deprimente que dice que hay más sommeliers que niños felices en México. Y con esa única certeza, empaqué lo poco que me quedaba.

Así fue como terminé metido en un camión rumbo al Valle. Dos días de camino, dos películas malas, tres bolsas de papas y un sujeto en el asiento de al lado que roncaba como si estuviera exorcizando a un demonio.

Al bajar en la terminal, el calor seco del Valle me dio la bienvenida de golpe. Ahí me esperaba Don Pedro, un viejo trabajador de la familia que parecía haberse quedado congelado en el

tiempo. Tenía el mismo bigote espeso, el mismo sombrero gastado de lona y esa misma voz rasposa de leñador jubilado que te regaña aunque no hayas hecho nada malo. Al verme, sus ojos brillaron con esa humedad contenida de quien quiere llorar pero se aguanta. Me dijo que había crecido mucho, que era igualito a mi padre, y sin más preámbulos, me preguntó si traía hambre.

Subimos a su camioneta y emprendimos el camino. Mientras el motor ronroneaba sobre la terracería, Don Pedro me iba contando anécdotas de cuando mi papá aún vivía. Me hablaba de cómo yo me escondía entre las barricas, de cómo jugaba con las tapas de corcho imaginando que eran monedas de un tesoro, de mis cacerías de topos y del perro viejo de mi abuelo. Yo no dije una sola palabra. Me limité a mirar por la ventana, escuchando en silencio y tratando de recordar a alguien a quien, honestamente, ya no sabía cómo recordar.

Cuando llegamos, la casa desde fuera parecía una fotografía vieja teñida en sepia. El letrero de madera de la entrada, que alguna vez rezó con orgullo "La Viña de Don Ernesto" en letras doradas, ahora colgaba torcido y descolorido por el sol, como si estuviera cansado de sostener tanto peso histórico. A los lados, una barda de madera vieja con clavos oxidados y enredaderas secas custodiaba la propiedad. En el centro del terreno, un roble enorme todavía resistía el paso del tiempo, aunque sus ramas ofrecían más nostalgia que sombra. De una de ellas seguía colgando el columpio hecho con una llanta de tráiler que mi abuelo me había construido en la infancia. Y justo ahí, junto a las raíces, se alzaba una cruz de hierro oxidado clavada en la tierra, con una placa apenas legible que llevaba el nombre de mi padre.

Me detuve en seco. Respiré hondo, sintiendo cómo el silencio del lugar me aplastaba los hombros.

—Aquí es, mijo —dijo Don Pedro mientras bajaba de la camioneta. Le pregunté si no quería pasar, pero negó con la cabeza. —No, Gabriel. Estas puertas son tuyas ahora. Yo ya cumplí —dijo, tomándose el borde del sombrero. Hizo una pausa, me miró a los ojos y añadió una advertencia que se me quedaría grabada en los huesos—: Y recuerda: lo que el campo guarda... no siempre está dormido.

Se subió a su camioneta y se marchó, dejándome completamente solo con el viento, el canto lejano de los grillos y una historia familiar que no estaba seguro de querer descorchar.

Caminé entre las vides olvidadas y crucé la entrada. El portón rechinó lastimeramente, como si protestara por mi regreso. Al empujar la puerta principal de la casa, recordé que la chapa llevaba años sin servir, y efectivamente, seguía igual. Di apenas dos pasos cuando una telaraña se me pegó a la cara; me la quité instintivamente mientras un ratón salía disparado hacia la derecha, asustándome como a un niño pequeño. El aire adentro era pesado, una mezcla de polvo, madera vieja y un toque ácido... tal vez era humedad, o tal vez simplemente era el olor de la soledad.

Recorrí la sala a pasos lentos. Ahí seguía el sillón donde mi abuelo fumaba en silencio. La chimenea apagada acumulaba restos de leña que parecían huesos grises, y las paredes seguían adornadas con las mismas fotos antiguas: mi padre, el abuelo y una mía de niño, sonriendo con los dientes chuecos. En la cocina, todo parecía estar en pausa; un cucharón colgaba inerte, una olla yacía abandonada sobre la estufa y la mesa donde yo jugaba seguía intacta.

Me detuve frente al pasillo largo, ese mismo pasillo que me aterraba de niño. Al fondo, me esperaba la pesada puerta de madera que daba acceso a la cava exterior. Empujé la puerta y un aire frío me golpeó el rostro al instante, como si el pasado tuviera su propia temperatura. Bajé los tres escalones de piedra; de niño solía bajarlos brincando, pero ahora cada paso me costaba como si cargara años en la espalda.

La cava no era muy grande. A los lados descansaban algunas barricas polvorientas, pero el lugar se había convertido en lo que cualquier familia mexicana llamaría con cariño "el cuarto de tiliches". Había cajas viejas, herramientas oxidadas, una caja con los manteles de mi abuela, un

frasco con corchos de colores y una lámpara que nunca funcionó. Yo no estaba buscando nada en particular, solo quería ver. Recordar. Me acerqué a una barrica y apoyé la palma de la mano abierta sobre la madera, con la misma reverencia con la que alguien toca una lápida.

Y ahí fue donde me rompí.

Todo me rebasó de golpe. No sé si fue la humedad, el frío, la soledad absoluta o el eco asfixiante de los que ya no están, pero mis piernas dijeron basta y me dejé caer al suelo, completamente rendido. Al desplomarme, mi pie golpeó por accidente una barrica mal colocada. Escuché la madera vibrar, y un segundo después, el sonido seco y hueco de una botella rodando contra la piedra del suelo.

Me congelé. Ese sonido era anómalo.

Me incorporé lentamente, moví la barrica con cuidado y la vi. Era una botella solitaria, cubierta por una gruesa capa de polvo, sin ninguna etiqueta y sellada en la parte superior con cera roja. Y justo a su lado, descansaba una nota doblada. Reconocí de inmediato la inconfundible letra temblorosa de mi abuelo.

Con las manos temblando, desdoblé el papel. El mensaje era breve, escrito casi como un poema, lo cual me confundió muchísimo porque mi abuelo jamás fue un hombre romántico; para él, la vida siempre fue en blanco y negro. La nota decía:

"No sé si este vino alguna vez verá la luz. Pero si lo hace, espero que lo abras tu. Porque lo nuestro no fue justo... pero sí fue real."

Leí las palabras tres veces, intentando descifrar algún mensaje oculto en la tinta. Mientras sostenía la botella con torpeza, un pedazo de la frágil cera roja que cubría el corcho se desprendió. Me di cuenta de que había algo grabado en él, pero la oscuridad de la cava no me dejaba distinguirlo. Tuve que salir a toda prisa, buscando la luz del atardecer para mirar a través del vidrio.

Ahí estaba. Una sola palabra, marcada a fuego en el corcho: **Sofía**.

La confusión me golpeó como una ola. ¿Quién demonios era Sofía? ¿Acaso mi abuelo, el hombre más rígido que conocí, tenía una amante? ¿Era este vino una carta de amor embotellada, un secreto oscuro, una despedida? Todas las señales apuntaban a eso, y honestamente, la idea me perturbaba mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir.

Capítulo 2: El defecto en el fondo

Desperté con hambre. No era hambre de comida, sino de algo que ni siquiera tenía forma; un hueco en el pecho, como si durante la noche me hubieran sacado algo sin pedirme permiso. El colchón crujía con cada movimiento, el aire olía a madera húmeda y a polvo viejo, y una telaraña nueva danzaba en el techo con la brisa leve que se colaba por la ventana. La casa de mi abuelo parecía abandonada por el tiempo, y, sin embargo, ahí estaba yo, tratando de encontrarlo a él en cada sombra.

Había dormido mal. Soñé con él. Estaba de pie frente a mí, hablándome, pero yo no escuchaba nada; solo veía sus labios moverse en silencio, como si las palabras se negaran a atravesar la barrera del sueño. Antes de desvanecerse, extendía la mano y me entregaba una copa vacía. Vacía. Y, sin embargo, disfruté verlo. Contemplar su rostro y su expresión serena fue como encontrar una fotografía vieja en el fondo de una caja, pero que todavía respira.

Me quedé un momento mirando el techo, aferrándome a los restos del sueño, como si pudiera alargar ese instante, hasta que unos golpecitos suaves en la puerta me devolvieron a la realidad.

—¿Ya estás despierto, Gabrielito? Vamos a desayunar. Pero apúrate, que luego se llena —dijo Don Pedro con esa inconfundible voz ronca de leñador jubilado.

Me senté en el borde de la cama y me pasé la mano por la cara. Tenía la extraña sensación de que si hablaba muy fuerte, el sueño se rompería del todo. Me vestí torpemente, como si me estuviera poniendo un disfraz que no usaba desde hacía años, y salí. Don Pedro me esperaba

en la puerta. Llevaba puesta una gorra de lona con el logo de una bodega ya desaparecida, y en la mano hacía tintinear sus llaves como cascabeles.

—¿A dónde vamos? —pregunté, intentando sonar normal.

—A lo bueno, mijo. A lo de siempre. A ver si alcanzamos mesa con Doña Estela.

Ese nombre me detuvo en seco. Un recuerdo me cruzó la mente como un relámpago: un pan caliente en la mano, una cocina diminuta, y una mujer con voz de maestra de primaria y corazón de madre adoptiva.

—¿Todavía cocina? ¿Cree que todavía haga huevo con machaca?

Don Pedro rió bajito, envuelto en nostalgia. —Doña Estela ya no es lo que era. Pero si nos apuramos, capaz que sí alcanzamos un poquito de esa machaca que cura las penas.

El camino fue corto, no por la distancia, sino porque la memoria iba caminando delante de mí. Las casas seguían siendo las mismas, solo que más viejas; algunas recién pintadas, otras a punto de rendirse. Sin necesidad de letreros, desde una cuadra antes comenzamos a ver los autos estacionados, algunos con placas de fuera y choferes esperando pacientemente. Había filas largas de gente, algunos de pie, otros sosteniendo termos de café, todos compartiendo la misma fe: alcanzar un lugar.

Cuando llegamos, lo reconocí todo y, al mismo tiempo, nada. Donde antes solo había una casa sencilla con un par de mesas, ahora se alzaba un restaurante enorme de fachada blanca, ventanales inmensos y un patio inundado de murmullos y olor a tortillas recién hechas. Y en una esquinita apenas visible, como encogida a propósito para no molestar, la vieja casa de Doña Estela seguía intacta.

Un mesero nos vio desde la entrada, se abrió paso entre la fila y nos recibió como si volviéramos de una larga guerra. —Don Pedro, pase con su muchacho. La señora les guardó mesa.

Nos guio hasta una esquina que tenía vista directa a la cocina. Y ahí estaba ella. Doña Estela. Con su mandil floreado, el cabello recogido en un chongo y el fleco encrespado por el calor de la estufa. Movía una batuta invisible mientras decenas de cocineros bailaban a su ritmo. Para ella, cocinar nunca fue un oficio; era su idioma.

El plato de huevo con machaca llegó a la mesa como un abrazo. Hice un taco con la tortilla de harina recién palmeada y, al darle el primer bocado, tuve que cerrar los ojos. Sentí que algo dentro de mí, algo que llevaba años desacomodado, regresaba a su lugar. No era simple nostalgia; era reparación.

Entonces, aparecieron los hot cakes de elote. Ninguno de los dos los había pedido. Don Pedro y yo nos miramos extrañados, pero al levantar la vista, la vimos. Doña Estela nos sonreía desde la cocina, asintiendo levemente con la cabeza.

Me puse de pie. Caminé hacia ella atravesando el restaurante como si cruzara un puente directo a mi infancia. Me abrazó. Fue un abrazo fuerte, breve y absolutamente real. —Dichosos los ojos que te ven, Gabrielito... cómo has crecido —me dijo, mirándome con una ternura antigua—. Te pareces tanto a tu padre.

El corazón me dio un brinco silencioso. Me quedé pasmado, sin saber si soltarme a llorar o reír. Ella se limitó a palmearme el hombro con cariño y regresó a su campo de batalla hecho de sartenes y cucharones.

Regresé a la mesa con el alma un poco más suave. —Cuando mi papá me regañaba, yo me venía para acá —le confesé a Don Pedro—. Ella me daba pan calentito. Y con eso... se me quitaba lo triste.

Don Pedro sonrió como lo hace alguien que entiende demasiado de la vida. —El pan cura más que los años, cuando viene de la mano correcta.

Salimos caminando despacio; no por flojera, sino por puro respeto a la comida. El sol de la mañana ya comenzaba a picar en la nuca y los aromas del desayuno nos seguían pegados a la

ropa. No dijimos mucho; lo que se dice con la boca llena de memoria no hace falta repetirlo al aire libre. Caminamos entre los autos como si fueran testigos mudos de nuestro viaje al pasado. —¿Entonces? —preguntó Don Pedro, encendiendo un cigarro con esa calma de quien ha vivido más de lo que cuenta—. ¿Ya sabes qué vas a hacer aquí?

Negué con la cabeza. —No lo tengo claro. Solo sé que quiero entender a mi abuelo. No lo que decía la familia, ni lo que sale en internet. Quiero saber lo que callaba. Lo que no contó.

Don Pedro asintió. Botó el humo hacia un costado y me clavó una mirada cargada de secretos. —Entonces tienes que hablar con Mariana.

Me detuve en seco. —¿Mariana?

—Sí. Mariana Montemayor. Su enóloga. Fue su sombra en los últimos años, estaba en todo, como una hija. Si alguien vio quién era realmente tu abuelo... fue ella.

El nombre me cayó en el estómago como un trago de vino caliente. Mariana.

La escena se reconstruyó en mi mente sin pedir permiso. Ciudad de México. Un evento de vino de esos ridículamente serios y elegantes donde yo no tenía nada que hacer. Fui por un amigo, por curiosidad, y sobre todo, por el vino gratis. Mariana presentó su vino con una pasión técnica apabullante, describiendo aromas, procesos y suelos. La sala entera se inclinaba hacia ella como girasoles buscando el sol. Todos aplaudían y asentían embelesados. Era su momento perfecto.

Y entonces, yo hablé. Ni siquiera lo pensé; la frase simplemente se me escapó del alma en cuanto el líquido tocó mi paladar. —Hay un defecto en el fondo...

Apenas terminé de pronunciar las palabras, me di cuenta de que lo había hecho en voz alta. El salón entero había caído en un silencio sepulcral justo en ese milisegundo, y ahora todos me miraban, esperando que terminara mi veredicto. No tenía salida. Tragué saliva. —Un amargor seco... como si la fermentación se hubiera interrumpido. No está mal... pero tampoco está bien. El aire de la sala se volvió espeso, asfixiante. Uno de los jueces asintió lentamente, dándome la razón. Otro tomó su pluma y anotó algo en su libreta. Y Mariana... Mariana bajó la vista. Fue solo un segundo, pero en ese breve instante vi cómo se le caía el alma. Algo se rompió en su interior.

Pero lo peor vino después. Uno de los organizadores se acercó a mí, lleno de curiosidad. —¿Y tú dónde estudiaste enología?

No supe qué inventar. La verdad fue mi único recurso. —Soy sommelier. De un curso en línea. No tengo estudios formales.

Esa frase fue un segundo puñal. No solo la había corregido frente a la élite del vino; la había corregido sin credenciales. La había dejado expuesta y completamente vulnerable. Desde ese día, Mariana me odiaba. Y yo... francamente, no la culpaba.

Volviendo al presente, Don Pedro, que había seguido caminando sin voltear, sacó su celular del pantalón. —Le voy a marcar. A ver si está por ahí. Marcó con la misma naturalidad con la que alguien llama para pedir tortillas.

—Mariana... soy yo, Don Pedro... bien, bien... oye, no te quito mucho tiempo. Te llamo porque tengo conmigo al nieto de Don Ernesto. Está aquí en el pueblo, y quiere conocerte. Bueno... más que conocerte, quiere entender a su abuelo. Conocerlo de verdad, ya sabes a lo que me refiero.

Se hizo una pausa pesada del otro lado de la línea. Una pausa que yo no escuché, pero que leí perfectamente en la cara del viejo. —¿Sí? Perfecto. ¿Cinco en la cava? Le digo. Te mando un abrazo.

Colgó la llamada y tiró su cigarro sin filtro sobre la terracería. —Listo. Hoy a las cinco en la cava. Le dio gusto —dijo con esa voz que usaba cuando algo lo conmovía.

Asentí en silencio. Pero por dentro, sentí una punzada aguda. Sabía que tarde o temprano nuestros caminos se cruzarían, pero ahora que el encuentro tenía hora y lugar, sentí que el cuerpo se me apretaba. Me faltaba el aire solo de imaginar su mirada clavándose en mí. Pensé

en sus ojos aquella tarde en la competencia, en ese segundo exacto en que la magia se hizo pedazos.

Y ahora tenía que verla a la cara. Cinco de la tarde. En la cava. El pasado me estaba esperando, y esta vez, venía con nombre y apellido.

A las cinco en punto estaba ahí, esperando afuera de la gruesa puerta de madera de la cava. No quería refugiarme en la pantalla del celular, así que me dediqué a observar el viñedo con detenimiento. Las líneas de parras parecían más cortas de lo que recordaba, o tal vez yo era el que había crecido. El enorme roble al fondo me trajo de golpe una travesura de la infancia: una vez intenté construir una casa en su copa y me caí apenas pisar el primer escalón. Me raspé todo el brazo y mi abuelo, en lugar de alarmarse, solo dijo: "por lo menos lo intentaste", antes de darme una copa con agua de jamaica como si fuera vino, "para el susto". Me sorprendí a mí mismo sonriendo.

A unos metros, Don Pedro estaba recargado en la barda baja que rodeaba la propiedad, fumando un cigarro con esa tranquilidad de quien siente que el día apenas empieza. Miraba al horizonte, como si lo que estaba por pasar no lo involucrara.

Y entonces la vi.

Mariana venía caminando por el sendero de grava. Su paso era firme, sin prisa, pero sin ninguna suavidad. Vestía unos jeans gastados, botas cubiertas de polvo seco y una camisa clara arremangada. Llevaba el cabello recogido sin pretensiones, sin maquillaje, sin adornos. Era la imagen misma de alguien que no necesita explicar nada, dueña de una belleza natural y cautivante.

Don Pedro se enderezó de inmediato y sonrió al verla. —¡Mariana! Qué gusto me da verte, hija. —Claro, Don Pedro —respondió ella, con una voz que denotaba respeto, pero carecía de una calidez exagerada. —Te presento a Gabriel —dijo el viejo, señalándome—. Es el nieto de Don Ernesto.

Ella me miró. Fue solo un segundo. Y luego, con una sonrisa estrictamente neutral, me extendió la mano. —Un gusto, Gabriel. Entendí el juego al instante. Y lo seguí. —Igualmente, Mariana. Aunque fue solo un gesto frío, sin emoción visible, sentí un alivio profundo y egoísta. Como si de verdad no me recordara, como si aquella herida en el concurso de la Ciudad de México nunca hubiera existido.

Don Pedro nos dejó solos tras darme una palmada en la espalda y murmurar una frase que ni siquiera escuché; el corazón ya me latía a otro ritmo. Nos quedamos frente a la entrada, envueltos en un silencio denso.

—¿Listo? —preguntó ella. —Listo —mentí. Y comenzamos a bajar.

Mariana iba delante de mí, marcando el paso en la escalera de piedra sin mirar atrás. No se detuvo a explicar mucho, solo señalaba lo estrictamente necesario. —Aquí trabajábamos los ensamblajes especiales —dijo sin voltear, con la voz rebotando en los muros fríos—. Cosas que nunca salieron al mercado. Algunas se quedaron porque no fueron aprobadas, otras... porque simplemente no querían ser compartidas.

Pasamos junto a una pesada mesa de trabajo cubierta por cuadernos gastados. Había hojas arrugadas llenas de anotaciones a lápiz, algunas manchadas de vino viejo, otras atadas con cordel rústico. Todo en esa mesa tenía un aire de obra inacabada, de pausa eterna. —Estas etiquetas las escribía a mano —continuó Mariana—. Solo él entendía el código. —¿Y esto? —pregunté, señalando una hilera de botellas oscuras que tenían números marcados con tiza. —Regalos. Promesas. Ensayos. Algunas eran para su esposa. Otras... nunca me dijo para quién eran.

Seguimos avanzando entre las penumbras. Yo la escuchaba, pero más allá de las palabras, sentía la forma en que hablaba de mi abuelo; era evidente que su recuerdo todavía la habitaba.

Entonces, la memoria de mi colapso del día anterior me hizo girar la cabeza hacia el rincón donde los sentimientos me habían tumbado. Ahí estaba la barrica que había pateado por accidente. No sé si fue por la forma extraña en que estaba colocada, o simplemente porque ambos nos volvimos cómplices de un descubrimiento inminente, pero noté que estaba ligeramente separada de las demás. Más polvosa. Más escondida. No era la más vieja ni la más llamativa, pero yo necesitaba entender el misterio de la botella de Sofía, así que me acerqué a la escena y la señalé.

—¿Y esa?. Mariana se detuvo en seco. Volteó lentamente y frunció el ceño. —¿Cuál?. —Esa —insistí, apuntando a la oscuridad—. La que está en la esquina.

Se acercó despacio, caminando hacia la barrica como si se acercara a un animal herido que pudiera morderla. —No puede ser... —susurró.

Pasó la mano por el lomo curvo de la madera, removiendo una gruesa capa de polvo. Y entonces lo vimos los dos. Una letra. Una “S” escrita con tiza. Estaba apagada, casi borrada por el tiempo, como un susurro que alguien hubiera tratado de esconder a la fuerza.

—¿La trajiste tú? —me soltó de golpe. —No. —Esto no estaba aquí. Jamás vi esta barrica, y yo esta cava la puedo recorrer a oscuras sin tropezar.

Se hizo un silencio. De esos silencios que no son incómodos, sino pesados, cargados de importancia. —¿Y si estaba escondida? —sugerí. Mariana no respondió. Se agachó, revisó la parte inferior y tocó la madera como quien busca el pulso de un moribundo, notando de inmediato que estaba llena. —Él no improvisaba —dijo al fin, incorporándose—. Y por lo menos, hasta seis meses antes de que muriera, esto no estaba aquí...

Yo no podía apartar la vista de esa letra. Esa sola “S” me llenaba la boca de preguntas. Pero no me atreví a mencionar a Sofía; me consumía la vergüenza de pensar que mi abuelo, el hombre intachable de la familia, tuviera una amante, o tal vez algo mucho peor escondido en su pasado. —Solo hay una forma de conocer esta historia —sentenció Mariana.

Buscamos un ladrón de vino y dos copas. Mariana ejecutó el ritual tradicional, quitando el tapón con movimientos precisos y medidos. La barrica estaba casi hasta el tope, evidencia clara de que llevaba muchísimo tiempo sin rellenarse, y el líquido salió con dificultad. Lento. Espeso. Como si al propio vino le costara trabajo salir a enfrentarse al mundo.

El aroma no tardó en gobernar la cava entera, obligándonos a guardar un silencio reverencial. Olía a viejo, a noble, a vivo. No estaba muerto, ni oxidado. Estaba vivo con sabiduría, como un vino que sabe perfectamente que ya no tiene que demostrarle nada a nadie ni lucirse frente a novatos... simplemente es lo que es.

Servimos las copas. Brindamos con una leve inclinación de cabeza, sin chocar los cristales. Y probamos.

El mundo se detuvo. No era solo un buen vino; era **verdad líquida**. No quería ni pasarme el trago, deseaba que ese sabor se quedara anclado en mi boca para siempre. Sabía como si cada uva hubiera sido tocada con una intención pura y elegida sin prisa alguna. Como si alguien hubiera necesitado gritar algo con ese líquido, incapaz de hacerlo con palabras.

—¿Por qué esconder esto? —pregunté, abrumado por la calidad de lo que acababa de beber. Mariana no me respondió. La noté repentinamente ansiosa; empezó a jugar con el tapón de la barrica en su mano, girándolo y observándolo como si fuera una pieza de ajedrez extraviada.

De pronto, se quedó rígida. Todo el color abandonó su rostro. —No... —susurró, con un hilo de voz.

Me extendió la pieza de goma sin decir una palabra más. Y ahí estaba. Una palabra escrita con plumón negro, apenas visible entre las grietas oscuras del tapón: **Sabiduría**.

La leí una vez. Y otra. Como si mi cerebro se negara a procesarla a la primera. No sabía qué se suponía que debía entender, y la verdad, no quería parecer un tonto frente a ella, pero era evidente que Mariana había comprendido algo devastador.

Tragó saliva con fuerza. El resto del vino en su copa temblaba ligeramente antes de que la dejara a un lado, sobre la mesa. —Acabo de recordar algo —dijo, mirándome por primera vez sin escudos, sin la frialdad del principio. —Acompáñame a mi casa. Te tengo que enseñar algo.

Capítulo 3: El mapa y la caja de madera

El camino hasta su casa fue en silencio. No era un silencio incómodo, pero tampoco relajado; era como si ambos supiéramos que algo pesado nos estaba esperando y ninguno de los dos tuviera prisa por llegar. La tarde se había vuelto dorada, de ese dorado que el Valle regala solo cuando el sol empieza a bajar y las sombras se alargan sobre la tierra, como si también quisieran detenerse a escuchar.

Mariana vivía a las afueras, en una casa pequeña construida con madera clara y tejas viejas. Su jardín no era un jardín de revista, sino un pedazo de tierra con rastros de poda reciente, un par de botas volteadas, tres cajas de vino vacías y una mesa oxidada con dos sillas de plástico desiguales. A un costado, una maceta con lavanda seca resistía heroicamente el abandono. Aquel desorden tenía su propia lógica; era el caos funcional de alguien que dedica sus días al campo, a la tierra y al vino, no a la estética de Pinterest.

—Pasa —dijo, sin mirarme.

El interior olía a madera, a corcho y a una soledad muy particular. Había estantes repletos de botellas sin etiquetas, libros abiertos boca abajo, libretas tapizadas de notas adhesivas y una chamarra colgada en el respaldo de una silla. En la cocina, una copa a medio lavar descansaba en el escurridor, como testigo de sus noches solitarias.

Mariana subió corriendo las escaleras mientras yo me quedé petrificado en la sala, sin saber si sentarme o quedarme quieto. Bajó un par de minutos después, cargando una caja en los brazos y un sobre amarillo en la mano.

—Un año antes de que muriera, tu abuelo me dio esto —soltó sin rodeos, extendiéndome el sobre—. Me lo entregó en silencio, sin explicaciones. Solo me dijo que lo entendería cuando tuviera sabiduría.

Abrí el sobre. Dentro había una hoja de papel grueso, doblada en tres partes. La tinta negra trazaba con precisión, casi como un dibujo, una frase en la inconfundible letra de mi abuelo: *"La verdadera sabiduría reside en la comprensión de la verdad."*

Debajo de la frase había un caos absoluto. Letras, números, frases cortadas, líneas que se cruzaban y garabatos que parecían esconder un propósito. Lo miré con la misma frustración con la que se mira un mapa sin leyenda.

—Nunca supe qué era —confesó Mariana, parándose a mi lado—. Llegué a pensar que estaba confundido por la enfermedad, por eso nunca me atreví a preguntar.

Nos quedamos en silencio frente a la mesa. La hoja extendida entre nosotros, el sol filtrándose por una persiana rota y un misterio indescifrable. Hasta que ella, como si de pronto recordara la regla de oro de cualquier crisis, rompió la tensión.

—¿Abrimos una botella? —Por favor —respondí, casi como una súplica.

Fue a una pequeña cava junto a la cocina y sacó un Syrah de su propia vinícola. Etiqueta minimalista, corcho nuevo. Lo sirvió con gracia, se sentó frente a mí, tomó su copa y me clavó la mirada. Con una media sonrisa, sin perder del todo la seriedad, disparó:

—¿Y qué defecto le encuentras esta vez?

Me congelé. La miré a los ojos, esperando encontrar la misma frialdad de nuestro primer encuentro, pero ya no estaban fríos. Su sonrisa se ensanchó apenas un milímetro.

—Sabía que eras tú desde que llegamos a la cava —me confesó.

No supe qué decir, así que hice lo único que podía hacer: me reí. Primero bajito, luego con más ganas, sintiendo cómo se liberaba un peso que llevaba cargando desde la Ciudad de México.

—Solo le encuentro uno —respondí, levantando mi copa—. Que se acaba muy rápido.

Los dos reímos. Por fin. Fue como si el aire viciado de los últimos años se hubiera roto para dejarnos respirar.

Nos quedamos ahí, dándole vueltas al vino en las copas, observando la hoja sin entenderla, pero sabiendo que ocultaba algo. Yo giraba mi copa mecánicamente; ella tomaba notas mentales. De pronto, moví la hoja por inercia y el sol de la persiana la iluminó por detrás. Me detuve en seco.

La puse al trasluz. —Espera... —murmuré.

Me levanté de un salto, busqué un marcador y volví a la mesa. Empecé a trazar líneas sobre el papel, conectando letras específicas, descartando el ruido visual. Mariana se acercó, observándome trabajar con la misma fascinación con la que alguien ve a otro recordar un sueño olvidado.

Y ahí apareció. Oculto entre el caos, como si siempre hubiera estado esperando ser descubierto:

N 20° 36' 02.4" W 100° 23' 14.1"

—¿Coordenadas? —susurró Mariana, con los ojos muy abiertos.

Saqué mi celular con las manos temblando y las ingresé en el buscador. La pantalla cargó por un segundo que se sintió eterno. Apareció un punto rojo en el mapa. Un viñedo. En Querétaro. Nos miramos, esta vez sin escudos, sin máscaras. Por primera vez, sentí que apenas estaba empezando a conocer al hombre que me había dejado esa carta. Era evidente: teníamos que ir a Querétaro. No había duda alguna.

Mariana se quedó mirando la pantalla del celular. Hizo un par de cálculos mentales, murmuró nombres de vinícolas con las que tenía compromisos y anotó un par de fechas en su agenda arrugada. De pronto, levantó la vista y con la determinación de un general sentenció: —¡Ya está! Nos vamos en siete días a Querétaro.

Yo asentí. Le sostuve la sonrisa con nervios y con un nudo asfixiante en la garganta. Lo que ella no sabía, lo que no me atrevía a confesarle por puro miedo a parecer un fracasado, era que mis últimos pesos me los había gastado en el camión de ida al Valle. No tenía ni una moneda para el regreso, mucho menos para un vuelo.

Salí de su casa sin hacer ruido, mientras ella seguía absorta frente a su computadora, como si el mundo se resumiera en armar ese itinerario. Caminé hacia mi casa por la calle silenciosa, pero mi cabeza hacía más ruido que una fiesta mal planeada.

Llegué a la casa del abuelo con la sensación de que el propio silencio me iba a regañar. No prendí las luces; ya me conocía de memoria cada mueble chueco y cada rincón tapizado de telarañas. Fui directo a la cocina, tomé una botella a medias que había dejado sobre la barra días atrás, y aunque sabía que el vino ya estaba oxidado, me serví un trago en un vaso de vidrio opaco. Me senté en el sillón de la sala. Cerré los ojos. Los abrí. Me levanté, caminé y me volví a sentar. El insomnio me tenía amarrado de los tobillos.

Caminé por la casa buscando algo que no había perdido, hasta que terminé parado frente a ella. La puerta del cuarto de mi papá.

Desde que llegué al Valle no la había tocado. Algo invisible me detenía: culpa, miedo, o simple cobardía. Pero esa noche, sentí que si no entraba, el techo entero se me iba a venir encima.

Giré la perilla.

El cuarto olía a encierro, a madera húmeda y a otro tiempo. Todo seguía intacto: su escritorio cubierto de papeles, libros apilados sin lógica y su chamarra de mezclilla colgando del respaldo de la silla, esperando un regreso que nunca ocurrió.

Me acerqué a un pequeño mueble contiguo. Abrí los cajones. Vacíos. Revistas viejas. Pero al fondo, oculta en la penumbra, había una caja de madera. Era pequeña, y llevaba grabado el logo gastado de una vinícola que jamás había escuchado en mi vida: *Viña del Encino, Querétaro*.

La puse sobre el escritorio y la abrí con cuidado. En su interior solo descansaban dos cosas.

Primero, un pedazo de hoja amarillenta, rasgada de forma irregular, como si la hubieran arrancado a la fuerza de un documento más grande. Apenas se alcanzaba a leer una línea mal cortada: "Para el Sr. Al...". ¿Alberto? ¿Aldo? ¿Alejandro? Me llené de curiosidad. ¿Por qué mi padre guardaría un trozo de papel tan insignificante? Debajo del papel, había un número de lote escrito a mano: ENQ-08.

Y luego, lo vi. Envuelto en una servilleta de tela vieja, descansaba un sacacorchos. Era una pieza pesada, de cuerpo robusto, de esos que están hechos para durar toda una vida. Lo tomé entre mis manos y, al girar el mango de metal, me quedé sin aliento.

Tenía una sola letra grabada en profundidad: **S**.

Me quedé de pie en la oscuridad, rodeado por el olor a humedad de la habitación de mi padre. Las piezas por fin empezaban a embonar con una precisión aterradora. Ahora sabía que el viaje a Querétaro no era un capricho provocado por un mapa viejo; era un destino inevitable. Y presentía, con un escalofrío recorriéndome la espalda, que ese viaje no sería solo de ida.

Capítulo 4

Dormí poco, o tal vez ni siquiera lo hice; solo cerré los ojos y dejé que la noche pasara pesadamente sobre mí. A las siete de la mañana ya estaba sentado en la orilla de la cama, con la misma camiseta arrugada de ayer, mirando el reflejo oscuro de mi cara en la pantalla del celular. No había mensajes de nadie, así que decidí ser yo quien rompiera el silencio y le marqué a Don Pedro.

—Ah, m'hijo... ¿ya tan temprano? —contestó, con esa voz de quien ya lleva un par de horas despierto. —Necesito trabajar esta semana, lo que sea —le solté, sin rodeos—. Nada más esta semana. Imaginé al viejo rascándose la cabeza en su patio, con un café humeante en la mano, evaluando mi desesperación. —¿Estás bien? —preguntó, con un tono ligeramente preocupado. —Sí. Solo necesito juntar para un vuelo —respondí. —¿Un vuelo pa' dónde? ¿Ya te regresas a la ciudad?. —No, Don Pedro. A Querétaro.

Hubo una pausa al otro lado de la línea, un silencio tenso y calculador. —Te espero en la vinícola en una hora. Trae botas —dictaminó, y colgó sin más. Agradecí internamente que no hiciera preguntas; me puse unos jeans manchados, una camisa de cuadros, una gorra vieja y salí sin desayunar. El sol apenas empezaba a calentar el Valle, y por primera vez en semanas, sentía que tenía un plan.

Llegué a la vinícola con los tenis sucios y la cabeza hecha trizas. Don Pedro ya estaba ahí, moviendo mangueras pesadas con una agilidad que desmentía su edad; ni siquiera me saludó, solo me señaló un montacargas. —Súbete. Vamos a mover barricas —ordenó.

Pasamos la mañana entre empujones, tropiezos y silencios largos, envueltos en el olor denso de la fermentación y la madera mojada. A mitad de la jornada, mientras bajábamos unas barricas hacia la penumbra de la cava, soltó la primera pedrada. —¿Y por qué Querétaro?. —No lo sé bien... —respondí, esquivando su mirada—. Pero creo que allá puedo entender a mi abuelo... y a mi papá. Don Pedro no dijo nada, pero minutos después volvió a la carga, incisivo. —¿Y qué esperas encontrar?. —Algo que me ayude a entender por qué se rompió todo.

El silencio reinó de nuevo hasta que cayó la tarde y el sol comenzó a pintar las paredes de un tono naranja melancólico. Estábamos sentados en el borde de la rampa de carga, con los brazos ardiendo por el esfuerzo y las botas cubiertas de tierra. —Mira, Gabriel... Yo que tú no me iba —dijo al fin, con tono paternal pero severo—. Querétaro está lejos, y caro. Seguro allá no hay nada. —¿Nada?. —Pura tierra seca y gente seria. ¿Para qué ir hasta allá? ¿Pa' hablar con sombras?. —No voy a hablar con nadie. Voy a entender —repliqué, firme. —Mira que el pasado a veces es mejor dejarlo enterrado —insistió, clavándome una mirada que me erizó la piel. —¿Y tú cómo sabes qué hay allá?.

Don Pedro apretó los labios, encendió un cigarro y lo vi dudar, como si se arrepintiera de haber hablado de más. Aventó el humo hacia un lado, evadiendo mi rostro, y sentenció que no todo se

tenía que saber. —Pues yo sí quiero saber —dije, poniéndome de pie y limpiándome las manos moradas en la camiseta. Él se levantó también, con una presencia que me impuso, y sacó del pantalón un billete doblado y unas monedas. —Toma. Cuatrocientos cincuenta. Es lo que se paga por una jornada así —me extendió el dinero. Lo tomé sin agradecerle; le advertí que no sabía si regresaría al día siguiente y me marché, molesto porque me quedaba claro que él sabía cosas y se negaba a contarlas.

Caminé echando maldiciones al aire durante un par de cuadras hasta que encontré una pequeña cafetería. Entré y pedí un café negro con un pedazo de pie de manzana, no por hambre, sino para bajarle al coraje que me hervía en la sangre. Me senté en la barra junto a la ventana, en ese lugar estrecho que olía a pan recién horneado. Di un trago al café hirviendo y me quemé la lengua, pero no me importó; traía más coraje en la boca que ganas de quejarme. Minutos después, entró un tipo con gorra de beisbol, barba corta y una sonrisa genuina que parecía iluminar el lugar. El barista lo saludó alegremente llamándolo Miguel, y él, tras pedir su café y su pie, se sentó justo a mi lado. Cuando dejó su taza en la barra, noté un detalle que nos hermanó al instante: tenía las manos teñidas de morado, exactamente igual que yo. Nos miramos y sonreímos con ese reconocimiento silencioso de quienes vienen del mismo campo de batalla. —¿Qué tal la jornada hoy? —me preguntó. —Creo que fue mi primer y último día de trabajo —respondí, soltando una risa amarga.

Le conté que había estado con Don Pedro en la ruta vieja y que habíamos terminado discutiendo porque intentó disuadirme de una decisión familiar. Miguel asintió con comprensión, comentando que Don Pedro era rudo pero sabio; seguimos platicando de todo un poco, y aunque noté que esquivó el tema cuando mencioné a mi abuelo, su compañía fue un bálsamo. Antes de irse, me ofreció pagar mi café y me lanzó un salvavidas inesperado. —Yo estoy trabajando con dos vinícolas chiquitas, son un par de cuñados —me explicó—. Ahorita estamos cortos de manos. Si te quieres sumar el resto de la semana, estás más que bienvenido mañana temprano. Lo miré a los ojos y, sin saber bien por qué, le creí. Quedamos de vernos a las siete y media en San Antonio de las Minas; nos dimos un apretón de manos y sentí, genuinamente, que las cosas empezaban a acomodarse.

Llegué a la casa del abuelo cuando el sol ya se estaba escondiendo detrás de los cerros, con el cuerpo adolorido pero el espíritu más ligero. Me metí a bañar, dejando que el agua caliente arrastrara el polvo y la frustración del día entero. Pensé en los silencios de Don Pedro, en la extraña y fácil conexión con Miguel, y en Mariana, a quien me costaba tanto decirle lo que ni siquiera me preguntaba. Salí de la regadera, me puse una camiseta limpia y me senté a la mesa, frente a mi libreta abierta.

Ahí estaban mis notas: *Viña del Encino. S-Sofía*. Después de darle muchas vueltas, tomé el celular y le marqué a mi madre; contestó al segundo tono. Le confesé, con la voz entrecortada, que me había quedado sin trabajo, que Andrea me había dejado y que me había mudado a la casa del abuelo en el Valle porque no tenía dinero ni opciones. Tras el shock inicial, fui directo al grano. —Encontré una caja en el cuarto de papá. Había un pedazo de hoja con lo que parece el inicio de una orden de compra y un sacacorchos con una letra S grabada... ¿Tú sabías que papá fue a Querétaro por trabajo?. —Sí... lo recuerdo —respondió ella tras un silencio pesado. Mi madre entonces descorchó un recuerdo que yo tenía bloqueado: me contó que cuando yo tenía unos ocho años, le rogué a mi padre que me llevara a ese viaje, pero él se enojó muchísimo y me dejó llorando en mi cuarto. —Regresó al día siguiente con la misma ropa —continuó mi madre, con la voz teñida de tristeza—. Sin ganas de hablar. Sin brillo. Estaba... distinto. Triste. Enojado. Como... apagado. Me reveló que desde ese día todo cambió, que el abuelo sabía lo que había pasado y fue él quien decidió que nos fuéramos a vivir a la ciudad para protegernos.

—¿Tiene que ver con alguien que se llama Sofía? —le pregunté, sintiendo cómo el corazón me latía en la garganta. Escuché su respiración entrecortada al otro lado de la línea. —Gabriel... No

confíes en todos. No allá —me advirtió, con un tono que mezclaba miedo y dolor—. Cuídate. Hay cosas que pueden doler más que el abandono. Tu papá vivió con eso hasta el último día. —Entonces yo no quiero vivir igual —le contesté, sintiendo una determinación absoluta. Me pidió que la llamara si iba a hacer algo estúpido, o por lo menos que le avisara cuando llegara a Querétaro, y colgó.

Miré el teléfono en mi mano. Esta vez, no sentí que me había cerrado la puerta en la cara; al contrario, sentí como si, por primera vez, me la hubiera dejado entreabierta

Capítulo 5

Los días siguientes a la llamada con mi madre se sintieron como un paréntesis necesario.

Miguel no me había mentado: los cuñados para los que trabajamos venían de mundos completamente opuestos.

En *Vinícola Oro*, todo era orden, estructura y una excelencia técnica casi obsesiva. Su dueño, Edric, había estudiado gastronomía, venía de Cuernavaca y hablaba del vino como si llevara décadas fermentando sueños. Su bodega era pulcra, con pizarras llenas de horarios y tanques de acero que, gracias a su fanatismo por la lucha libre, llevaban nombres como "El Santo" o "Místico", todo aderezado con un humor negro muy particular.

Después del mediodía, caminábamos cien metros para entrar a *Vinícola Tache*, un universo regido por el caos y la intuición. Cris, el productor a cargo, no tenía estudios formales, pero cataba con el alma, improvisaba y bautizaba a sus vinos con los nombres de sus hijos. Su filosofía era inquebrantable: si no emociona, no sirve.

Yo, atrapado en medio de ambos mundos, me sentía más vivo que en mucho tiempo. En *Oro* aprendí a medir y registrar; en *Tache*, a soltar y confiar. Miguel fue el hilo conductor de mi aprendizaje, enseñándome lo mismo a lavar barricas con precisión que a detectar cuando un vino ocultaba secretos.

Y así, entre las reglas y el caos, entre la acidez y la dulzura, llegó el día de viajar a Querétaro. Me despedí de Miguel con un abrazo. Él me sonrió, me dio una palmada en el hombro y me soltó un consejo que se me quedó clavado en los huesos: «Y si algo te huele raro... no lo escondas con sulfitos. Deja que solito florezca el defecto». Me fui al aeropuerto dándole vueltas a esa frase, sin saber si me estaba hablando de enología o de la vida misma.

Capítulo 6: El defecto florece

Caminaba por el aeropuerto de Tijuana rodeado de viajeros con prisas falsas, cargando una mochila más ligera que mi orgullo y la absurda sensación de estar a punto de destapar algo que no me correspondía.

La vi antes de que ella me notara. Mariana estaba sentada sola, con una maleta pequeña, luciendo una playera blanca sin pretensiones que contrastaba radicalmente con la enóloga de botas polvosas que yo conocía. Llevaba el pelo suelto, más largo de lo que recordaba, y un perfume nuevo, de esos dulces y limpios que se vuelven adictivos y se instalan en la memoria. Era como si, para este viaje, hubiera decidido ser alguien distinta.

Me acerqué y le pregunté si llevaba mucho esperando. Me miró de reojo, sin una sola sonrisa, y respondió que lo suficiente para pensar que me había echado para atrás. Le aseguré que de ninguna manera y me senté a su lado. Tratando de romper el hielo, le conté sobre mi semana trabajando con Edric y Cris, fingiendo que su reacción no me importaba. Ella me escuchó, reconoció que hacían buenos vinos, y por primera vez noté un destello de aprobación en su mirada. Sentí que habíamos encontrado un terreno en común.

Abordamos el avión en un silencio que era al mismo tiempo cómodo e incómodo. Ella tomó el pasillo y yo la ventana. Cuando el avión despegó, un recuerdo que no había invitado me asaltó de golpe. Tenía siete años y viajaba en un avión igual de frío, alejándome del Valle con mi madre al lado. Ella miraba por la ventanilla, callada y tensa, mientras yo dibujaba barricas en un cuaderno. Mi padre se había ido a Querétaro meses antes, y todo lo que se rompió entonces nadie supo nombrarlo, pero todos lo sentimos. Fue la primera vez que entendí que un viaje no solo te lleva a otro lugar, sino que te arranca de algo para siempre.

Mariana cerró los ojos y, recargada en el asiento, me preguntó en voz baja si creía que esto valdría la pena. Tardé en responder, abrumado por lo que sentía, y le dije: «Por supuesto. Aunque sea por lo que va a revelarnos». Vi cómo apretó los labios, conteniendo una emoción, como un corcho a punto de ceder. Seguimos el vuelo actuando una tranquilidad falsa, sabiendo que cualquier gesto de más nos empujaría a una verdad que no estábamos seguros de querer enfrentar.

Aterrizamos en Querétaro poco después del mediodía, recibidos por un calor seco y sin disculpas. Subimos a un taxi que olía a vinilo derretido y le mostré al conductor las coordenadas en mi celular. Nos llevó por calles cada vez más angostas, postes inclinados y caminos de terracería olvidados por el tiempo. De pronto, le pedí que avanzara un poco más y se detuviera. A lo lejos, tras una reja oxidada, se alzaban campos secos con ramas quebradas y una construcción baja a medio desmoronar. El taxista nos advirtió que el lugar estaba supuestamente abandonado, pero que pertenecía a alguien "pesado" y siempre estaba vigilado. Y tenía razón: justo enfrente de un letrero viejo que confirmaba nuestras sospechas al decir «Viña del Encino», estaba estacionada una patrulla con dos oficiales.

Bajamos del auto y el aire se sintió denso. Mariana me susurró que mirara hacia un poste. Una cámara fija nos apuntaba directamente, una rareza absoluta en medio de la nada. Uno de los oficiales bajó, se ajustó el cinturón y habló por su radio: «Adelante torre... Dos personas. Mismo punto. Pareja. Recojo placas». Mariana se puso rígida y dio un paso atrás, pero yo me quedé congelado frente a la reja.

El policía se acercó con evidente hostilidad, advirtiendo que no podíamos pasar por ser propiedad privada. Le pregunté de quién era el lugar, a lo que respondió secamente que no era sitio para andar preguntando. Mariana intentó suavizar la situación pidiendo un número de contacto, pero el oficial nos ordenó irnos mientras colocaba la mano sobre el arma de su cinturón.

Mariana me lanzó una mirada de advertencia clara, intuyendo que cualquier palabra empeoraría las cosas. Regresamos al taxi. Mientras el auto arrancaba, escuché al oficial reportar por radio que parecíamos turistas y que haría un rondín por la propiedad. Mariana miraba por la ventana y, tratando de romper la tensión, cuestionó en voz alta por qué una vinícola tendría semejante nivel de seguridad y vigilancia.

Seguimos en silencio, cada uno aferrado a su propio nudo en la garganta. Y al mirar por el retrovisor hacia esa patrulla que se hacía pequeña en la distancia, sentí por primera vez que lo que estábamos buscando... podía costarnos mucho más de lo que imaginábamos

El taxista giró el cuello, rompiendo el espeso silencio que había llenado el auto desde que dejamos atrás la patrulla y las cámaras del viñedo.

—¿Y ahora a dónde? —preguntó, esquivando un bache de la terracería.

Me quedé en blanco. Mariana me miró, esperando que yo tuviera un plan maestro, pero no tenía idea. Fue entonces cuando un nombre cruzó por mi mente como un salvavidas.

—Espere... voy a llamar a alguien —dije, sacando el celular.

Busqué el contacto de Arturo Monterrubio. Nos conocíamos desde la preparatoria en la Ciudad de México, aunque veníamos de universos opuestos; él pertenecía a una familia de abolengo en Querétaro, de apellidos compuestos y tenedores de plata, mientras que yo venía de un mundo

mucho más terrenal. A pesar de eso, nuestra amistad siempre fue genuina, sin pretensiones ni condescendencias.

—¡Gabrielito! —contestó al segundo tono, con su habitual mezcla de emoción y sarcasmo—. ¡No me digas que por fin andas en Querétaro!. —Justo por eso te marco —respondí, sintiendo un alivio inmenso—. Voy llegando y estoy como a veinte minutos de tu casa. —¡Qué joya! ¿Por qué no avisaste? —reclamó alegremente—. No estoy en mi casa, estoy en un restaurante que tenemos. Vénganse, échate un vinito conmigo y comemos rico. ¿Vienes solo?. —No, vengo con una amiga, se llama Mariana.

Me mandó la ubicación al instante. Le di la dirección al taxista y, conforme el auto aceleraba, vi cómo Mariana soltaba el aire que llevaba contenido en los pulmones. Se recargó en el asiento, cerró los ojos un segundo y permitió que una lágrima silenciosa, de esas que lo dicen todo sin hacer escándalo, resbalara por su mejilla. Me sorprendió verla tan vulnerable, y sentí una necesidad instintiva de protegerla, de ser yo quien sostuviera el peso de la situación. Ella recargó suavemente su cabeza en mi hombro y yo me quedé quieto, dejando que, por primera vez en horas, el camino se sintiera menos incierto.

El restaurante de Arturo se llamaba *Fix*. Su fachada de cantera limpia y puertas de cristal grueso imponía de inmediato; era el tipo de lugar que no te pregunta si puedes pagar, simplemente asume que sí. Arturo nos recibió en la entrada con un abrazo cálido. Vestía de manera sobria pero impecable, con esa sonrisa perpetua y el cabello perfectamente despeinado que gritaba dinero sin tener que esforzarse.

—¡Por fin juntos, mi Gabrielito! Mariana, es un gustazo —nos saludó mientras nos guiaba a nuestra mesa—. Ya me urgía un pretexto para descorchar algo chingón, acá nadie le sabe de vinos como tú. —Y espérate, que Mariana es enóloga y de las mejores del país —le advertí riendo. Mariana se sonrojó levemente y Arturo se rió, fingiendo preocupación por el reto. Nos sentaron junto a un enorme ventanal. No hubo menú; Arturo ya había pedido todo por nosotros. Sobre el mantel blanco y junto a las copas Riedel, nos presentaron una botella de una mezcla bordelesa del Valle de Guadalupe, añejada ocho meses en barrica. La etiqueta solo llevaba un número: *804*. Arturo nos explicó que era una edición limitadísima, hecha en honor al matrimonio de los fundadores de la vinícola.

La comida fue un festín diseñado para olvidar los problemas: carpaccio de betabel con queso de cabra, risotto con hongos silvestres y un filete en reducción de vino tinto. Todo maridado con ese vino que se abría en la copa revelando cereza negra, tabaco y un fondo de eucalipto. Las risas fluyeron; Mariana bromeaba con Arturo como si se conocieran de años, y yo los observaba, agradecido de poder olvidar por un par de horas el viñedo cerrado, las cámaras y nuestra absurda misión.

Cuando nos trajeron los digestivos —un mezcal *Inexorable* para él y licor de naranja para nosotros—, la atmósfera cambió. Arturo se recargó en su silla y nos miró con una curiosidad que ya no pudo contener.

—¿Qué están haciendo aquí?.

Mariana dejó su copa sobre el plato, como si la pregunta le hubiera devuelto todo el peso de la realidad. Me lanzó una mirada rápida y yo asentí, dándole permiso para hablar. —Es... complicado —empezó ella—. Encontramos una barrica de un proyecto desconocido con una letra *S* marcada, y luego una carta del abuelo de Gabriel. Una pista que decía "sabiduría" nos mandó a unas coordenadas, y al llegar... encontramos un viñedo. Arturo escuchaba fascinado.

—¿Un viñedo que parece abandonado pero está lleno de cámaras y oficiales hostiles?

—preguntó Mariana—. Como si estuviéramos tocando algo que no se podía tocar.

Arturo dio un sorbo lento a su copa, repentinamente serio. —¿Saben de quién es ese viñedo?.

—No hay rótulos —contestó Mariana—. Solo sabemos que se llama Viña del Encino.

Arturo dejó la copa en la mesa y suspiró pesadamente. —Ese terreno debe ser el que era de Humberto Alcocer. —¿Y ese quién es? —preguntó Mariana, frunciendo el ceño. —Un político

muy pesado aquí en Querétaro —explicó Arturo bajando la voz—. De los que tienen más poder en las sombras que en campaña. Ese viñedo lleva años cerrado, pero siempre vigilado. Nadie lo toca.

Yo giraba mi copa en silencio, sintiendo cómo las piezas empezaban a encajar con un ruido ensordecedor. —¿Tú conoces a Alcocer? —le pregunté. —Mi papá lo conoce de toda la vida. De esos vínculos que se heredan aunque no quieras —respondió, luciendo incómodo—. Organiza reuniones muy privadas, para puro empresario viejo. Abre vinos de subastas europeas que valen lo que un coche. Lo hace para presumir, pero también para marcar territorio. Arturo nos confesó que asistir a esas catas era más protocolo que gusto, y que Humberto tenía una energía oscura, encantadora pero sucia, como si todo escondiera una segunda intención.

—Ahora que lo pienso... —continuó Arturo, con la mirada perdida en un recuerdo—. Mi papá iba a esas reuniones por una sola razón: un vino. Dice que hace muchos años, Humberto le sirvió un vino de su viñedo. No tenía etiqueta, solo un corcho marcado con una palabra corta que no recuerda bien. Mariana y yo cruzamos miradas al instante. —Según él, era como si el vino estuviera vivo. Mucha fruta negra, con un fondo salino que nunca le había sentido a un vino mexicano —describió Arturo—. Siempre dice que era como beber algo que no sabías que necesitabas hasta que lo probabas. Pero Humberto nunca lo volvió a abrir, dándoles largas, usándolo para mantenerlos a todos a la expectativa.

Respiré hondo, detuve mi copa y murmuré: —Parece que la sabiduría no solo estaba guardada en una barrica. El clic en mi cabeza había sido ensordecedor.

Los siguientes dos días fueron una tregua invaluable. Arturo nos hospedó en un hotel de su familia, de adobe pulido y aroma a copal. Tuvimos desayunos perfectos con pan brioche y mimosas, y visitamos viñedos donde probamos tempranillos jóvenes y espumosos vibrantes. Mariana volvía a reír con facilidad, y yo sentía que me acostumbraba a verla así, relajada y libre del fantasma de Humberto.

Pero el paréntesis se cerró cuando aterrizamos de vuelta en el Valle de Guadalupe. La casa del abuelo se sentía distinta, como si hubiera envejecido veinte años mientras no estábamos.

Aún sin desempacar, llamé a Miguel para avisarle que regresaría a trabajar al día siguiente, y luego me serví una copa de un vino sencillo. Para abrirlo, usé el viejo sacacorchos de mi padre, el que tenía grabada la palabra *Sofía*. Sentía el metal frío en mis dedos, sabiendo que ese objeto era mucho más que una herramienta.

Abrí la laptop y escribí un nombre en el buscador: *Humberto Alcocer*. Aparecieron decenas de artículos sobre corrupción, empresas fantasma y contratos turbios, pero más abajo, encontré la constante que Arturo había mencionado: su obsesión por coleccionar vinos imposibles.

Mi mente empezó a vomitar los fragmentos del rompecabezas: la barrica con la S. La botella marcada con *Sofía*. La carta de Mariana sobre la *sabiduría*. El papel rasgado de mi padre: *Para el Sr. Al... ¿Al...cocer?*.

Con las manos temblando, escribí tres palabras en el buscador: *Humberto Alcocer Sofía*. Presioné Enter.

Me quedé paralizado. El aire abandonó mis pulmones mientras leía los titulares de viejos noticieros independientes. Hablaban de Sofía, la supuesta amante de Humberto Alcocer, quien había desaparecido sin dejar rastro. La familia lo había culpado, pero misteriosamente, todas las demandas y búsquedas se habían cancelado de un día para otro.

Sentí que algo se quebraba en mi interior. Tomé el celular y marqué su número. Mariana contestó con voz ligera, aún empapada de la alegría de nuestro viaje. —¡Hola, Gabriel!

Tragué saliva, incapaz de fingir. —Mariana... —mi voz salió como un susurro roto—. Tengo que contarte algo.

Capítulo 7: El significado de Sabiduría

Cuando Mariana llegó a la casa, yo ya la estaba esperando en la entrada. Había llamado apenas unos minutos antes, con la voz tan tensa que ni siquiera la saludé, solo le solté un: "*Tengo que contarte algo*".

Le abrí la puerta y la dejé pasar sin decir una sola palabra. Caminó detrás de mí hasta la cocina, donde yo ya había montado una especie de altar pagano sobre la mesa: la botella polvosa con el corcho grabado con el nombre *Sofía*, la nota del abuelo que colgaba de ella, el trozo de papel desgastado con las letras "*Para el Sr. Al...*" y, finalmente, el viejo sacacorchos de mi padre con la letra S.

Mariana se detuvo frente a la mesa, cruzada de brazos. —¿Qué es todo esto? —preguntó.

Me senté, sintiendo el peso físico de lo que estaba a punto de decirle. Respiré hondo.

—Encontré esta botella escondida en la cava. ¿Recuerdas la barrica con la letra S marcada?.

—Ella asintió lentamente—. Estaba escondida justo detrás.

Se acercó un poco más, como si la cercanía pudiera darle respuestas. Le mostré el corcho.

—Tenía este nombre: *Sofía*. Al principio no le di importancia, me daba demasiada vergüenza pensar que mi abuelo tenía una amante secreta por la nota que la acompañaba.

Le señalé la declaración escrita con la letra temblorosa de Don Ernesto: "*No sé si este vino alguna vez verá la luz... Porque lo nuestro no fue justo... pero sí fue real*". Mariana leía en silencio mientras yo continuaba armando el rompecabezas en voz alta.

—Luego descubrimos el tapón de goma de la barrica con la letra S... el que tenía escrita la palabra *Sabiduría*. Y esa palabra nos llevó al mapa con las coordenadas del viñedo en Querétaro. Después, encontré en el cuarto de mi papá esta caja de madera que decía "Viña del Encino", con el sacacorchos de la S y la nota para el "Sr. Al...".

Hice una pausa, mirándola a los ojos. —Mariana, el Viñedo del Encino pertenece a Humberto Alcocer. Sr. Al... Alcocer.

Me recargué en la silla. Todo tenía un sentido escalofriante. Agarré mi celular, que ya tenía la pantalla encendida, y lo deslicé sobre la mesa hacia ella. —Todo parecía desconectado hasta que busqué los dos nombres juntos: *Humberto Alcocer y Sofía*.

Mariana apretó los labios, tensa, y bajó la mirada a la pantalla. —Son noticias viejas de noticieros independientes. Rumores que decían que Humberto Alcocer tenía una amante llamada Sofía... y que un día desapareció sin dejar rastro. La familia lo culpaba, pero de un día para otro, retiraron las demandas y cancelaron la búsqueda. Todo está conectado, Mariana.

Desde el nombre en la primera botella hasta el viñedo vigilado donde no nos dejaron pasar. Ella se quedó mirando la pantalla, procesando el horror de la información. Y por primera vez, ambos supimos que esto no era una simple casualidad. Era un mensaje. Un rompecabezas macabro del que apenas estábamos juntando las piezas de las orillas.

Los días siguientes fueron espesos, como caminar con lodo hasta las rodillas. Intenté distraerme regresando a trabajar con Miguel, lavando barricas y aprendiendo procesos, fingiendo que no traía un misterio imposible taladrándome la cabeza.

Hasta que una tarde, mi celular sonó. Era Mariana. —Tenemos que abrir la botella —dijo, con una firmeza que no admitía réplica.

No tuve que preguntar cuál; lo supe de inmediato. Esa misma tarde, abrimos la botella de *Sofía* con la misma reverencia y miedo con la que alguien abriría un ataúd. El corcho salió con un quejido largo, y el líquido oscuro y denso cayó en nuestras copas.

Di el primer sorbo y me quedé paralizado. Era perfecto. No, era mucho más que eso: era como si alguien hubiera logrado embotellar el paso del tiempo, la memoria y los secretos. Recordé las palabras del papá de Arturo: "*Un vino que no sabías que necesitabas hasta que lo probabas*".

No dejábamos de comentar los matices, los sabores, la brutal elegancia del líquido.

Pero cuando vimos la botella vacía sobre la mesa, la sonrisa se me borró de golpe y un nudo me estranguló el estómago. —¿Te das cuenta? —dije, sintiendo cómo se me rompía la voz—. Esta botella probablemente era una evidencia. Por algo la había guardado... ¡y nos la tomamos toda!. El silencio de Mariana fue como una bofetada. Me levanté de golpe, haciendo chirriar la silla contra el piso. Sentí que me asfixiaba ahí adentro y salí de la casa sin mirar atrás.

Caminé entre las vides secas de mi abuelo, buscando aire desesperadamente. Llegué hasta el viejo columpio de llanta al final del terreno. El aire olía a polvo y a una resignación antiquísima. Cada par de hileras, un pequeño letrero de madera clavado en la tierra anunciaba las variedades que alguna vez crecieron ahí: *Malbec*, *Merlot*.... Fui pasando la mano por cada madera, acariciando los fantasmas de cosechas pasadas, hasta que lo vi.

Un letrero que no encajaba. Decía *Cabernet Sauvignon*... y justo debajo, otro grabado: *Sabiduría*.

Me quedé de piedra. Grité el nombre de Mariana con todas mis fuerzas. Cuando me alcanzó y vio el letrero, su rostro se descompuso. —Esto no estaba aquí —murmuró, pasmada—. Por lo menos, no desde hace seis meses. Yo sabía que era verdad. Esa madera no era vieja. Era otra maldita pista.

Las emociones nos habían drenado, así que dejamos el descubrimiento para el día siguiente. Volví al trabajo en las vinícolas, intentando no perder la cabeza. Ese día me tocaba en *Oro* con Edric. Él era un fanático empedernido de la lucha libre; tenía cuadros de luchadores y estampas de máscaras por toda la bodega, y hasta había bautizado sus enormes tanques de acero inoxidable con nombres como "El Santo" o "Místico".

Mientras acomodábamos equipo, vi un tanque que me llamó la atención. Tenía una etiqueta descolorida que decía en mayúsculas: *AMOR*, y pegada a un costado, una calcomanía vieja de una máscara blanca y roja. —¿Y ese? —le pregunté. Edric sonrió como un niño recordando su juguete favorito. —Es por Eros —respondió orgulloso—. Mi luchador favorito. Eros, en griego, significa amor.

Amor... Eros... La palabra rebotó en mi cabeza. Mi abuelo era un fanático de la etimología. Siempre que surgía una palabra de la que conocía el origen, me retaba: "*A ver, mijo... si te sabes el significado, te compro un helado*". Casi nunca acertaba, pero él disfrutaba el juego enormemente.

De camino a casa, cansado y con ese recuerdo latiendo en mi mente, saqué el celular y empecé a buscar significados por puro ocio. *Gabriel: fuerza de Dios. Mariana: del mar*. Fui tecleando los nombres que me rodeaban, hasta que escribí la palabra clave.

Sofía. Enter.

El resultado hizo que el cansancio se evaporara y una descarga de adrenalina me recorriera la espina dorsal. **Sofía, de origen griego. Significado: Sabiduría.**

Casi le grito al chofer del camión que se detuviera. Todo estaba conectado. No eran casualidades, era un mapa. Mi abuelo trazó cada paso porque quería que alguien uniera los puntos. Sofía estaba desaparecida, nunca la encontraron, y nosotros teníamos un letrero en el viñedo que indicaba su nombre en clave.

Le marqué a Mariana de inmediato. —Tráete una pala —le ordené, sin aliento—. Y vente ya. Nos reunimos en la cocina, rodeados por el caos de las pruebas. El patrón era innegable: la botella, el tapón, la orden de compra, la barrica con la S... y el letrero. Solo quedaba una cosa por hacer.

Cavar.

Caminamos en silencio bajo la noche cerrada hasta la hilera donde estaba el letrero de *Sabiduría*. Mariana alumbraba la tierra seca con una linterna. —¿Crees que ahí abajo esté...?

—preguntó, sin atreverse a terminar la frase. —¡No lo sé! —la interrumpí, con los nervios a flor de piel—. Pero algo hay aquí, casi puedo jurarlo.

Hundí la pala con todas mis fuerzas. El corazón me retumbaba en las sienes con cada embestida contra la tierra. Clavé la pala una vez más y algo sonó distinto. Un golpe hueco. Nos tiramos al suelo de rodillas y empezamos a sacar tierra con las manos desnudas, escarbando como locos. Era una caja. Grande, de madera maciza, vieja pero entera. Nos miramos, aterrorizados. El hoyo ya tenía casi un metro de profundidad. Bajé como pude, apoyando las botas en las paredes de tierra, sintiendo una mezcla asfixiante de miedo y emoción. Tomé el borde de la tapa de madera y empecé a tirar de ella hacia arriba; no tengo idea de dónde saqué el valor.

—¡Espera! —susurró Mariana, apuntando la linterna—. ¡Con mucho cuidado!.

Tiré con fuerza y quité la tapa por completo. La luz de la linterna iluminó el interior y me quedé sin aire. No podía creer lo que estaba viendo. Levanté la vista hacia Mariana, y su rostro era el reflejo exacto de mi propia confusión y terror.

Capítulo 8: Verdades decantadas

Nunca había escuchado un crujido como ese. Fue un sonido sordo, seco, como un suspiro que llevara años atrapado en la madera. Cuando tiré de la tapa de aquella caja de pino, cubierta de polvo y telarañas, sentí que estaba profanando una tumba.

Mariana sostenía la linterna con pulso tembloroso, y la luz rebotó sobre el vidrio oscuro.

Veinticuatro botellas.

Todas idénticas. Llevaban una etiqueta blanca, discreta, con letras doradas que rezaban: *Encino 97*. Era un vino que no aparecía en ningún catálogo, que según cualquier registro comercial, nunca había existido. Tomé una de las botellas con extremo cuidado; el vidrio estaba frío, contrastando con el calor húmedo de la tierra abierta. La giré buscando alguna otra pista, y al mirar la cápsula transparente, mi estómago dio un vuelco.

Grabado a fuego en el corcho, estaba el nombre: **Sofía**.

—No puede ser... —murmuró Mariana, con los ojos muy abiertos—. Esto es real.

Volví a mirar la etiqueta de cerca. Detrás del nombre, había una silueta dorada de una pareja caminando de espaldas, tomados de la mano. Le di la vuelta a la botella y encontré una dedicatoria impresa que me heló la sangre:

"A ti, Sofía. Te escondí del mundo, pero no hubo un solo día en que no deseara haber hecho todo distinto. Este vino es mi único acto de valor, mi única forma de gritar lo que nunca pude decir en voz alta. No merezco tu perdón. Pero si alguna vez sientes este vino en tus labios, sabrás que mi amor fue real. Cuento los segundos para estar juntos. – H.A."

Humberto Alcocer.

Dejé la botella con cuidado, abrumado. Entonces Mariana, que seguía inspeccionando el interior de la caja con la linterna, notó una pequeña hendidura en el fondo. Golpeó la madera con el puño cerrado. Una tabla crujió y se movió levemente. Empujó de nuevo, saltaron un par de astillas, y el fondo falso cedió, revelando un sobre.

Estaba sellado con cera color vino y llevaba un símbolo inconfundible: una vid tallada a mano. Era el sello personal de mi abuelo, el que solo usaba para los asuntos de extrema importancia. Rompí el sello con los dedos torpes. La tinta negra estaba algo deslavada por el tiempo y la humedad, pero la letra era inequívocamente suya.

"Si alguien encuentra esto, no sé en qué momento de la historia se haya perdido lo que yo traté de proteger. Estas botellas no debieron ver la luz otra vez. Fueron hechas para un propósito que nunca debió cumplirse. El vino es memoria líquida... pero también puede ser silencio embotellado. Yo elegí callar. Pero si tú decides lo contrario, la verdad no está aquí. Reposas donde se sella con sabiduría. No busques reconocimiento. No habrá justicia. Solo la posibilidad

de no repetir lo que hicimos. Si decides abrir esa puerta, hazlo con cuidado. Algunas verdades no están hechas para ser decantadas".

Mariana levantó la vista, iluminando mi rostro desde abajo con el reflejo de la linterna.

—¿"Donde se sella con sabiduría"? —repitió en un susurro, procesando las palabras.

No era un juego de palabras. Mi abuelo no jugaba con la poesía cuando se trataba de advertencias. Nos miramos al mismo tiempo y el entendimiento nos golpeó de golpe.

—La barrica —dijimos casi al unísono. —La que tenía el tapón con la palabra "Sabiduría"...

—agregó ella, necesitando confirmarlo en voz alta.

Metimos la pesada caja de madera a la casa a toda prisa, con la respiración agitada, y corrimos de vuelta hacia la cava exterior. El viñedo estaba sumido en un silencio absoluto, como si la tierra misma estuviera conteniendo la respiración.

Bajamos los escalones de piedra y fuimos directo a la esquina. Ahí estaba. La barrica con el tapón grabado y la "S" escrita con tiza. Nos arrojamos sobre ella, palpando cada centímetro de la madera vieja, buscando una grieta, un doble fondo, una marca... pero no había absolutamente nada.

—Tiene que ser esta —dije, desesperado. —Pero no hay nada... ¡No hay nada! —respondió Mariana, frustrada.

Yo estaba a punto de rendirme, frotándome la cara con las manos sucias de tierra, cuando escuché la banca de madera rechinar. Mariana se había puesto de pie de un salto, con los ojos inyectados de una determinación salvaje. Me ordenó que le ayudara a traer una barrica vacía desde el fondo de la cava. La rodamos con esfuerzo, la niveló sobre unos polines con la precisión de quien ha hecho eso mil veces, y desapareció por un minuto para regresar cargando una bomba manual, dos mangueras y herramientas.

Conectamos todo. Colocó una manguera en la barrica de "Sabiduría" y la otra en la vacía.

Encendió la bomba y el sonido monótono del motor llenó el silencio del sótano. Nos sentamos en el suelo, mudos, viendo cómo ese líquido, oscuro y denso como un río de secretos, abandonaba su escondite de años.

Cuando la barrica original quedó vacía, Mariana apagó la máquina. Tomé la linterna y alumbré por el agujero superior. Al principio solo vi madera teñida de púrpura y costras de sedimentos... pero de pronto, un pequeño destello rebotó contra la luz.

—¿Viste eso? —murmuré.

Mariana acercó más la luz. Semienterrado en el lodo del fondo, había un bulto pequeño. Una bolsa hermética. Intentamos sacarla durante horas; usamos pinzas, alambres y ganchos, pero la bolsa resbalaba y se atascaba en el sedimento espeso.

Me dejé caer de espaldas contra la pared de piedra, sudando a mares. —No va a salir así —jadeé. —No —coincidió Mariana, con una voz sombría, mirándome a los ojos—. Solo hay una forma.

Sabíamos lo que significaba. Esa barrica era el último contenedor de la historia de mi abuelo, y teníamos que destruirlo. Fui por las herramientas. Un serrucho no está hecho para abrir el vientre curvo de una barrica, pero la desesperación no sabe de ebanistería. Empecé a cortar la tapa superior. Cada crujido de la madera era un lamento que me taladraba los oídos. Los brazos me ardían, así que cambié por un cincel y un martillo. A base de golpes secos y furiosos, la madera finalmente cedió.

El aroma que escapó de las entrañas de la barrica fue nauseabundo: roble podrido, vino viejo, humedad y un tufo metálico. Mariana, sin dudarle, metió el brazo entero entre los sedimentos púrpura, buscando a ciegas.

—Aquí está —dijo, sin respirar.

Sacó la bolsa. Estaba asquerosa, cubierta de mugre y costras de vino, pero por dentro el contenido estaba a salvo. La llevamos a la mesa de trabajo, la limpiamos con un trapo y la abrimos con manos temblorosas.

Lo primero que vi me heló la sangre. Era una fotografía. Un atardecer en un viñedo, y en el centro, dos siluetas caminando de espaldas, tomados de la mano. Él con sombrero, ella con vestido largo. Era la imagen exacta que Alcocer había mandado a imprimir en las etiquetas de *Encino 97*. Eran ellos. Humberto y Sofía.

Debajo de la foto, doblada con cuidado, había otra carta del abuelo.

La desdoblé. La tinta negra me devolvió la mirada.

"Esta historia nunca debió embotellarse. Pero el vino, como el alma, no siempre obedece razones... Humberto Alcocer me buscó con una petición específica: quería que hiciera el mejor vino de mi vida. Uno que hablara de amor, de destino, de pérdida. Me contó que no amaba a su esposa y que estaba dispuesto a dejarla por Sofía... El vino sería su declaración. Lo hice con mi hijo. Él fue quien terminó la mezcla final, quien viajó a Querétaro a entregarle las primeras botellas".

Hice una pausa, sintiendo cómo el pulso me latía en las sienes. Mi padre. Mi padre estuvo ahí.

"Pero no todo salió como esperábamos. Ernesto escuchó una discusión. Estaba por entrar al salón de cata cuando escuchó a Sofía gritar. Le reclamaba a Humberto, aterrorizada. Le decía que estaba enfermo... que había matado a su esposa. Y Humberto le respondió que lo había hecho por amor, porque su esposa nunca le habría dado el divorcio sin arruinarlo. Sofía, horrorizada, lo amenazó con entregarlo. Ernesto no esperó. Dejó las botellas ahí mismo y huyó al aeropuerto. Ese fue su mayor error... dejar evidencia de su presencia".

Mariana ahogó un grito. Yo sentí que el cuarto empezaba a dar vueltas.

"Humberto supo que estuvo ahí. Lo alcanzó en la terminal. Lo amenazó de muerte, le dijo que si alguna palabra salía de su boca, su familia sufriría. Esa misma tarde, mientras mi hijo volvía en taxi desde el aeropuerto, escuchó la noticia en la radio: Sofía, la supuesta amante de Alcocer, estaba desaparecida. No hubo cuerpo. No hubo juicio. Mi hijo no me lo contó hasta su lecho de muerte, confesándome que había guardado unas cuantas botellas como evidencia. Este vino destruyó y dividió a mi familia... Nos condenó al silencio. A la culpa. Y ahora que yo también me estoy yendo, no puedo llevármelo conmigo. Tú sabrás qué hacer con esto".

La carta me quemaba las manos. Aquello no era una simple botella de vino. Era una tumba líquida.

Mariana me miró, pálida, como si acabara de ver un fantasma. —Esto cambia todo...

—murmuró.

Asentí en silencio. Ya no estábamos buscando a una amante perdida, ni descifrando el pasado de mi abuelo. Estábamos desenterrando un asesinato. Y ahora, teníamos la prueba en nuestras manos.

Dejé a Mariana en la sala y me encerré en la habitación del abuelo. No lo hice por nostalgia, lo hice consumido por una rabia pura e incontrolable. Extendí la carta sobre la cama, junto a la foto, y alineé las veinticuatro botellas de *Encino 97* en el piso, como si fueran un pequeño ejército listo para marchar hacia un juicio final.

No era una historia de pasión y viñedos. Era un crimen sepultado bajo etiquetas elegantes y discursos románticos. Y la pala... la pala me había tocado a mí.

Me agaché y toqué el corcho de una de las botellas. La palabra "*Sofía*" seguía ahí. Mirándome.

La puerta rechinó a mis espaldas. Era Mariana. Su rostro estaba tenso, endurecido por la realidad que acabábamos de desenterrar. —¿Qué vamos a hacer? —preguntó, con la voz baja y contenida.

Respiré hondo. El miedo y el enojo se habían fundido en una sola certeza absoluta. —Vamos a Querétaro —sentenció—. Voy a mirarlo a los ojos. —¿A Humberto?. —Sí. —¿Y qué le vas a decir?.

Tomé una de las botellas del suelo. La metí con cuidado en una caja de madera para protegerla. Me giré hacia ella, sosteniéndole la mirada con una frialdad que no sabía que tenía.

—Nada —le contesté—. Él lo dirá todo....

Capítulo 9: Notas de advertencia

Salimos del cuarto del abuelo sin decir palabra. La casa estaba envuelta en un silencio espeso, denso, como si las propias paredes supieran que algo irremediable acababa de romperse en nuestro interior. Sentí la garganta seca, no por sed, sino por una furia contenida que me raspaba desde el estómago.

—Necesito algo fuerte —dije, y Mariana asintió lentamente, como si ella también necesitara anestesiarse el golpe.

Fui directo a la cocina. Abrí el primer cajón, luego el segundo, buscando a ciegas hasta llegar a la pequeña puertita de madera oculta debajo de la estufa. Era el mismo escondite donde, de niño, vi una vez al abuelo guardar algo con el recelo de quien protege un tesoro. Me agaché, metí la mano en la penumbra y el tacto del cristal frío me confirmó que seguía ahí.

La saqué. La etiqueta dorada rezaba: *Cava de Oro*.

Tuve que cerrar los ojos. Aquella botella me devolvió de golpe a otro tiempo: vi a mi abuelo regresando de la parcela, con la camisa empapada de sudor y el andar pesado de quien ya lo ha visto todo, sirviéndose un caballito de ese tequila dorado. El sonido del líquido cayendo era como un suspiro largo, y tras el primer sorbo, el mundo entero parecía detenerse para él. Abrí la botella y el aroma me golpeó como un puñetazo de infancia: vainilla, madera tostada y ese corazón de agave que te raspa el alma.

Serví dos caballitos. —Salud —dije. —Salud —respondió Mariana, sin apartar sus ojos de los míos.

Bebimos despacio, dejando que el ardor nos templara las ideas. Y ahí, entre el sabor del pasado y la sed de justicia, empezamos a trazar el plan para llegar a Humberto y exponer el crimen que todos habían decidido olvidar.

Tomé el celular y le marqué a Arturo. Contestó al segundo timbrado con su habitual efusividad. Mentirle a Arturo nunca me había gustado, pero esta vez no era una mentira, era una omisión necesaria. —Te llamo porque tengo una bomba —le solté—. Una joya de vino. Llevaba décadas sin ver la luz. Y tengo a la persona perfecta para presentarla.

Le hablé de Mariana, vendiéndola como una enóloga brutal y exclusiva, y le dije que queríamos compartir esa botella única con él y con alguien más: Humberto Alcocer. Arturo chasqueó la lengua, advirtiéndome que las catas de Humberto eran extremadamente privadas, reservadas para empresarios y embajadores. Pero yo conocía su debilidad por la exclusividad. Le propuse que presentara nuestro vino como una sorpresa especial, un "twist" para su próxima reunión. Escuché el golpeteo de sus dedos en la mesa a través de la línea; Arturo ya estaba visualizando la escena. Aceptó hacer la conexión. Colgué y miré a Mariana. —Nos vemos con Humberto la próxima semana —le confirmé—. Tú serás la enóloga estrella, y yo el que trae la botella que puede matarlo.

Los días siguientes fueron un teatro absurdo. Mariana seguía con sus asesorías y yo regresé a lavar barricas con Miguel, fingiendo que mi cabeza no estaba a mil kilómetros de ahí. La farsa se mantuvo hasta el jueves, cuando Miguel nos invitó a una carne asada en su casa. Su esposa nos recibió con los brazos abiertos en un jardín cuidado, con niños corriendo y hieleras llenas; todo era tan dolorosamente normal.

Fui a servirme un trago y me quedé helado al verla de nuevo: una botella de *Cava de Oro*. Miguel me comentó casualmente que lo tomaban desde que se casó. Mariana se integró perfectamente al grupo, riendo y platicando, mientras yo me hundía poco a poco en el alcohol, flotando entre la euforia y la sombra.

Terminé sentado en una hielera junto a Miguel, ya con la lengua suelta por los tragos. —¿Tú sabes lo que es que tu familia te mienta? —le escupí de pronto—. Mi abuelo hizo un vino para un cabrón que le rompió la vida. Y ahora ese vino volvió. Voy a ir a Querétaro con Mariana. Vamos a llevarle ese vino al tipo para que no pueda dormir en paz nunca más.

Miguel dejó las pinzas del asador. Su rostro perdió todo rastro de alegría. —No lo hagas, Gabriel. No vayas. No te metas con eso —me advirtió, con una gravedad que me desconcertó. Me reí con amargura, exigiéndole saber por qué me pedía eso, pero él solo bajó la mirada. Más tarde, el alcohol y la tensión me llevaron a un rincón del jardín a solas con Mariana. La miré, ella me sostuvo la mirada y cerró los ojos. Estaba a milímetros de rozar sus labios cuando un grito nos cortó como un machete. —¡Gabriel! —Miguel estaba frente a nosotros, sudando, con la mirada ida por el pánico—. ¡No puedes irte! ¡Si vas a Querétaro... estás fuera!. Mariana se interpuso con firmeza, deteniendo su histeria, y me sacó de la casa. Subimos a la camioneta en silencio, pero el pánico de Miguel se me quedó pegado a la piel. A la mañana siguiente, desperté con el sol en la cara y siete llamadas perdidas de Miguel. No las abrí. No quería que sus miedos infectaran mi determinación. Armamos las maletas, envolviendo dos de las botellas de *Encino 97* con más cuidado que nuestra propia ropa, y volamos a Querétaro esa misma tarde. El cielo queretano nos recibió insultantemente limpio. Arturo nos esperaba en el aeropuerto con su sonrisa de siempre y nos llevó a la casa de sus padres, una construcción imponente que olía a bugambilia, madera vieja y cuero. Sus padres nos recibieron con una calidez genuina y nos invitaron a una comida que mezclaba la sencillez de una sopa de fideos con azafrán y la elegancia de los vinos locales. A mitad de la comida, el tono cambió. Nos hablaron de Humberto, advirtiéndonos sobre los protocolos de sus eventos. —Es encantador cuando quiere serlo —nos dijo el padre de Arturo, mirándome con seriedad—. Pero todos sabemos que el vino le sirve para esconder cosas. O para olvidarlas. Nos explicó que sus catas eran sobrias, sin cámaras, llenas de silencios pesados y gente de poder. Pregunté, con un nerviosismo que intenté disimular, si creían que a Humberto le gustaría nuestro vino. El padre de Arturo sonrió de lado. —No les voy a mentir... difícilmente se logrará impresionar a Humberto, pero si logran que el vino no se le olvide, va a ser suficiente. Y vaya que no se le iba a olvidar. Estábamos a punto de servirle su propio fantasma en una copa de cristal.